

Me llamo Manuel

Vengo de los huertos, me dijo, señalando una cesta vieja por donde se asomaban unas hojas de acelga, unas ramas de romero y una herramienta mutilada por los años. Los mismos años que delataban sus arrugas, surcos de tiempo donde crecía la mala yerba del alzheimer.

Tan temprano, apenas amanecía, parecía poco probable su historia. Me senté frente a él, justo cuando en el parque se despertaban los gorriones.

El anciano emprendía conversación consigo mismo mirando perdido por la ventana, de vez en cuando, con la sonrisa iluminada preguntaba: ¿Verdá usté? Y yo asentía devolviéndole la misma sonrisa.

Con la fragilidad de una mariposa, acariciaba lo verde de su cesta orgulloso de la carga, a cada parada de autobús me decía: ¿Por dónde vamos muchacha? Y yo que milimetraba el paisaje cada día, observando los rostros de cuantos viajeros llevaban escrita la rutina, yo que inventaba historias a cada uno de los viajeros, a la chica de los labios rojos, al muchacho cargado de libros, a la abuela que repeinaba el flequillo de su nieto, al silencio pesado de quien carga una maleta, a los buenos días tintineantes del conductor de la línea que sabe lo que vale un despertar...

Cuando llegué a mi parada, el viejecito me miró como si se quedara huérfano, me regaló una ramita de romero y me dijo: me llamo Manuel.

Manuel se me quedó enganchado en la memoria mientras atravesaba las bulliciosas calles del centro camino al trabajo. Imaginé ¿quién se sentaría frente

a sus soliloquios? ¿A dónde descargaría la cesta de sus horas? ¿Qué condimento encontraría en ese viaje para aderezar la vida?

La soledad de los que estamos rodeados de gente es tremenda...

Las horas del tacógrafo se van resbalando como el sol por el Aljarafe. Fin de la jornada, la suya y la mía. En circular danza, sigue el autobús con la ruta marcada, devolviéndonos a la colmena, a la felicidad del regreso cuando el cansancio nos hunde la voz.

Hurgo en el bolso buscando el bono de transporte, segundos de impaciencia, una eternidad al sentirme observada por el chico que aún se recoloca frente al volante para comenzar el turno de noche. Sonríe.

Avanzo hasta el fondo. El silencio me resulta aterrador. Cada viajero bucea en su móvil buscando la panacea para su hastío, serios, con los ojos vacíos y los dedos tecleando un remedio efímero.

Hasta el amor hecho de frases bonitas y ausencia de caricias, sin planes de presente ni futuro, solo promesas que se borran cuando se agota la batería.

¡Cuánta falta de sueños despiertos!

Está libre el mismo asiento que ocupé esta mañana. El cansancio de mis huesos se desparramó por fin.

Arrinconado justo a la cesta, allí seguía Manuel, agotado de preguntas sin respuesta, vencido y olvidado.

Como en la mañana me volvió a decir: Vengo de los huertos.

El conductor del autobús llamó al 112. Mientras se lo llevaban, me dijo: Me llamo Manuel.

Lloré a destiempo.

Seudónimo: Luzdegas